


todos los peligros y bendecir eternamente tu nombre y la bondad que nos dispensas en la vida.

CAPÍTULO XII.

CANÁ DE GALILEA.

§ I.

ERCÁBASE el tiempo de la predicación y vida pública del Divino Salvador: Su Majestad vino á las riberas del Jordán para ser bautizado por su Precursor, el cual se resistía, diciendo: «Yo debo ser bautizado por Ti, y ¿Tú vienes á mí?» A lo que respondió Jesus diciendo: «Déjame hacer ahora, que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia.» Juan entonces condescendió con Él. Bautizado, pues, Jesús, al instante que salió del agua se le abrieron los cielos y vió bajar al Espíritu de Dios á manera de paloma, y posar sobre Él, y oyóse una voz del cielo que decía: «Éste es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia» (1).

El Bautista, que vió descender la Divina Paloma sobre Jesús, exclamó diciendo: «Yo he visto

(1) Matth., III, 13, 17.

al Espíritu Santo descender del cielo en forma de paloma, y reposar sobre Él. Yo antes no lo conocía; mas el que me envió á bautizar con agua, me dijo: «Aquel sobre quien vieres que baja el »Espíritu Santo y reposa sobre Él, ése es el que »bautiza en el Espíritu Santo». Yo lo he visto, y por eso doy testimonio de que Él es el Hijo de Dios....., el Cordero de Dios» (1). ¡Cuán hermosa y pura brilla la gloria de Jesús! Hoy es, en cierta manera, el día del nacimiento del Divino Salvador. ¿Por ventura los cielos, al abrirse, la voz del Padre, la cándida Paloma descende de lo alto, no nos descubren que Jesús es el Hijo de Dios vivo? En otro tiempo el Espíritu Santo fecundó el seno de María; hoy, en medio de las aguas, envuelve con su luz al Divino Salvador. La virtud del Padre cubrió con su sombra, allá en Nazaret, á la Sagrada Niña; hoy su voz da un testimonio á la verdad (2). Al presente, Jesucristo se descubre con mayor y más hermosa claridad, y por lo mismo son más brillantes los milagros que se realizan al ser bautizado: no es la estrella, ni los ángeles, ni los arcángeles, ni Gabriel, ni Miguel, quien lo anuncia; es la voz del Padre, es el Divino Espíritu, que descende y permanece en Él (3) por siempre.

Quando Jesús ha sido bautizado, el Espíritu de Dios lo lleva al desierto, donde es tentado por el

(1) Joann., I, 32, 36.

(2) D. August., Serm. I, Dom. inf. oct. Epiph.

(3) D. Chrysost., homil. XI, in Joann.

diablo (1). ¡Cuán sublime enseñanza contiene la conducta de Nuestro Señor! Jesús fué bautizado no para quedar limpio; sí para limpiar las aguas por medio de su carne inmaculada, y darles virtud para santificar á los que en ellas se lavasen y fueran bautizados (2).

El viejo Adán es entonces sepultado bajo las aguas, para salir de ellas un momento después, lleno de vida (3). Jesús es bautizado, mas lo es porque quiere hacer antes que nosotros, lo que un día nos mandará que hagamos (4).

No sólo nos enseña la conducta de Jesús; haremos enseñanza en las mismas circunstancias de su bautismo: fué bautizado en el Jordán, por donde los hijos de Israel entraron en la tierra prometida, símbolo de aquella otra de verdadera y eterna promisión, en la que nos introduce el bautismo del Señor. En otro tiempo Elías dividió las aguas de aquel río antes de ser arrebatado en un carro de fuego hasta los cielos (5); porque al pasar las aguas del bautismo, nos dice el Angel de la Escuela, por el fuego del Espíritu Santo se nos franquea la entrada en el reino celestial (6). El cielo se abre porque el bautismo trae de allá la gracia que nos hace santos. Mas esto pasa cuando

(1) Matth., IV, 1.

(2) D. Ambros. in Luc., III.

(3) D. Gregor. Nazian., orat. 39.

(4) D. August., Serm. Epiph.

(5) IV Reg., II, 8.

(6) 3 p., q., 39, a. 4.

está orando el Divino Salvador, cuya oración obtiene aquel prodigio (1).

Marcha Jesús al desierto llevado por el Espíritu Divino, y allí es tentado por el diablo. Tal conducta no era indigna de Jesús, ni debe admirar al hombre que Su Majestad permita al demonio que lo tente; pues venía no sólo á padecer, sino á morir: de esta suerte vencía con las suyas nuestras tentaciones, así como superaba nuestra muerte con la que sufriría por nosotros (2). ¿Quién podrá, después de las tentaciones del Divino Salvador, tenerse por seguro en el camino de la salvación? Hijo, entrando en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación (3). Pero sigamos el ejemplo de Jesús, aprendiendo de su celestial conducta la manera de vencer las tentaciones. El es el supremo mediador, no sólo porque nos da el auxilio, mas también por sus ejemplos (4), que tanto nos animan é infunden grandísima confianza; pues no tenemos un Pontífice que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo experimentado todas las tentaciones, á excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros. A estas bellas palabras añadía el Apóstol las siguientes: «Lleguémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio de la gracia, para ser socorridos

(1) D. Th. cit., a. 5.

(2) De Gregor., Homil. XVII. In Evang.

(3) Ecc., II, 1.

(4) D. August., 4, de Trinit.

en tiempo conveniente en nuestras tentaciones y necesidades» (1).

Jesucristo recibe el bautismo y entra en el desierto, donde es tentado por el diablo. Si después de la gracia y de los más grandes consuelos del Señor se acerca la hora terrible de la tentación, no tenemos por qué desfallecer, ni dejar cubrir de tristeza el corazón: las armas que el Señor nos da, son para el combate; por lo demás, el ángel dijo á Tobías en otro tiempo: «Porque eras acepto á Dios, fué necesario que la tentación te probase» (2).

Mas volvamos los ojos y veamos lo que pasa entretanto con nuestra querida Niña. Sin duda alguna, la Madre del Señor tuvo noticia de lo que pasó en el bautismo de Jesús: su corazón quedó lleno de gozo; bendijo con toda la efusión de su alma al Padre que así glorificaba al que era su Hijo muy amado. Abriéronse los cielos y el Espíritu Santo descendió; y María contempla ya los triunfos del Divino Redentor, y obrada la salud en medio de la tierra (3). Ella, que amaba tanto al hombre, y que tantas veces había llorado pidiendo á Dios que le salvase, al ver que llega el venturoso instante en que se cumplen sus deseos, siente rebosando el corazón de júbilo inefable. Vuelve María sus ojos sobre el mundo, y le manda una sonrisa de amor y de ternura. ¿Quién podrá contar los bienes que nos alcancen del Señor esa mirada y la encantadora sonrisa de sus labios? En

(1) Heb., IV, 15, 16.

(2) Tob., XII, 13.

(3) Ps. LXXIII, 12.

cuanto á la entrada y permanencia de Jesús en el desierto, ¿cuáles serían los cuidados de la Santa Madre? Ella le contempla morando entre las fieras (1), y enteramente consagrado á la oración y penitencia; sujeto á la inclemencia de los tiempos; durante el día recibe un sol de fuego, y en la noche viene el frío con sus rigores: todo esto es, para cualquiera madre que lo piense, pasando por alguno de sus hijos, causa de amarguísimo penar; ¿qué sería para la Santa é Inmaculada Virgen, que tanto amaba á Jesucristo, que nunca, si exceptuamos los tres días que el Niño quedó en Jerusalén, se había separado de su compañía? Y nuestra Niña, además, nunca olvidaba el pensamiento de su Hijo: su cuerpo estaba en Nazaret; mas su espíritu se hallaba con Jesús en el desierto.

Jesucristo ayunó cuarenta días y cuarenta noches, y después tuvo hambre, manifestando así que era verdadero hombre. Los ángeles se le acercan, concluída la tentación, y le sirven el alimento. Vedlos cómo van volando á Nazaret y reciben de manos de la Purísima Virgen la comida que llevan luego á Jesucristo (2).

Sale Su Majestad del desierto y comie nza ya su vida pública. Oigamos la narración del primero de sus milagros: Celebráronse unas bodas en Caná de Galilea, donde se hallaba la Madre de Jesús. Fué también convidado á las bodas Jesús con sus discípulos. Y como viniese á faltar el vino, dijo á Jesús su Madre: «No tienen vino.» Respondióle

(1) Marc., I, 13.

(2) D. Bonav. Medit., c. 17.

Jesús: «Mujer, ¿qué nos va á Mí y á Ti? Aun no es llegada mi hora.» Dijo su Madre á los sirvientes: «Haced lo que Él os diga.» Estaban allí seis hidrias de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos ó tres cántaras. Dijoles Jesús: «Llenad de agua aquellas hidrias.» Y llenáronlas hasta arriba. Díceles después Jesús: «Sacadla ahora en algún vaso, y llevadle al maestresala.» Hiciéronlo así. Apenas probó el maestresala el agua convertida en vino, como él no sabía de dónde era, bien que lo sabían los sirvientes que la habían sacado, llamó al esposo y le dijo: «Todos sirven al principio del vino mejor, y cuando los convidados han bebido á satisfacción, sacan el más flojo; tú, al contrario, has reservado el buen vino para lo último.» Así en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de sus milagros, con que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él (1).

Caná de Galilea era un lugar en donde habitaban gentiles (2), y en el que nos dice el Evangelio fueron celebradas las bodas. La Encarnación derrama nuevos rayos de hermosa y apacible luz: esas bodas nos indican la unión del Verbo con la naturaleza humana: ese país revélanos también la condición de los gentiles, de los cuales ha sido en su mayor parte formada la Esposa del Cordero (3).

Caná de Galilea: el celo de la transmigración

(1) Joann., II, 1, 9.

(2) Sylveira, hic.

(3) D. Gaudent. in Evang., Trac. VIII.

es el que nos lleva á Jesús, y unidos nos mantiene con Su Majestad. Así en otro tiempo, Ruth de Moab pasó á Belén y casó con Booz; dándose á entender en esto que el celo del divino amor hácenos dejar las regiones tenebrosas del pecado, y las sendas sobre las cuales empezamos entonces á marchar, son esclarecidas con la luz del Espíritu Divino (1). En efecto, el Señor nos tiene dicho: «Levántate tú que duermes, resucita de la muerte y te alumbrará Cristo» (2).

La Madre de Jesús estaba en las bodas. ¿Por ventura habrá de separar el Señor á nuestra querida Niña de sus obras de misericordia y de clemencia en favor de los mortales? Veámoslo en la más gloriosa y excelente de éstas: la Encarnación, que ha hecho aparecer su benignidad y ternura tan admirablemente, que el hombre no la puede comprender (3). En vez de separarla de esta obra, el Señor la pide su consentimiento; y mientras Ella no lo da, el Verbo no viste nuestra carne; y si contesta al Angel: «Hé aquí la esclava del Señor», la Encarnación se verifica, y los ángeles, los hombres y el mismo Dios, la dicen: «La gracia se ha derramado en tus labios, por eso te bendijo Dios para siempre (4). Son tus labios un panal que destila miel; miel y leche tienes debajo de la lengua (5).

(1) D. Anton. Patav., Serm. II. De Epiph.

(2) Ephes., V, 14.

(3) Tit. III, 4.

(4) Ps. XLIV, 3.

(5) Cant. IV, 11.

María misma nos dice: «El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, antes que criase cosa alguna....., con Él estaba yo disponiendo todas las cosas, y eran mis diarios placeres el holgarme continuamente en su presencia (1).

Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad (2), y en todos ellos hallamos á nuestra buena y santa Madre derramando la luz, el consuelo y el auxilio; nuestras sendas no están llorando como en otro tiempo las de Sión, sino que brillan iluminadas con la hermosa claridad de un sol de gloria; la misericordia y la verdad de Dios nos vienen siempre acompañando; en cuanto á la primera, María es la Madre de misericordia que sabe derramarla en todo el mundo. Así como Ella es Reina de todos, de la misma manera de todos es Patrona y Abogada; ¿estáis muy lejos? Ni aun mayor distancia podría impedirle que os iluminase con los rayos de su gran clemencia. ¿Estáis muy cerca de Ella? Inundará vuestra alma de consuelo y ardiente devoción; y así es que no hay quien pueda ocultarse á su tierna caridad (3). Si volvemos nuestros ojos para pedirle protección nos recibe siempre con ternura, por esto el Apóstol nos exhorta á que lleguemos llenos de confianza á este trono de la gran misericordia del Señor, para alcanzar misericordia y hallar la gracia que necesitamos (4).

(1) Prov., VIII, 22, 30.

(2) Ps. XXIV, 10.

(3) Idiota, In prolog. de Virgin. Maria.

(4) Heb., IV, 16. Albert., Serm. de Dedic. Eccles.

Respecto á lo segundo, ¿por ventura no sabemos que María es aquella inmaculada tierra de la cual nació la verdad? (1). Jesús nacido de María: ¿qué es la verdad? El Hijo de Dios. ¿Cuál es la tierra? La carne que tomó de la Purísima Virgen (2). Esa tierra germinó al Salvador; de Ella fué formado el verdadero Adán, nació la verdad, produjo un fruto sublime: el pan de los ángeles; tierra de la que está escrito que en ella cayó una buena semilla y que mana leche y miel (3).

Así es como la hermosa Niña se presenta en todas las sendas del Señor, siendo el gran instrumento de la divina clemencia, por el cual llegan á nosotros todas las gracias del cielo. Por esto es llamada con verdad, fuente de clemencia; río de benignidad: piélago de la divina ternura (4); consuelo único que el Señor nos da; rocío abundante que refrigera el ardor de las pasiones; gota de celestial dulzura que se derrama en el abrasado corazón del hombre; lámpara de luz espléndida y hermosa que alumbrá las tinieblas de nuestra alma; guía segura en los caminos de la vida; fuerza que sostiene al hombre débil; cándido vestido que cubre su triste desnudez; riquísimo tesoro que socorre su miseria; medicina que sana todas sus enfermedades (5); raíz, en fin, de todos nuestros bienes (6).

(1) Ps. LXXXIV, 12.

(2) D. August., hic.

(3) Hugo. De Propriet. rer., C. 2.

(4) D. Basil. In Annunt.

(5) D. Germann. Encom; Deip.

(6) Chrysip. De Laud., v.

Si Dios no separa de los caminos de su misericordia y verdad á nuestra querida Reina, si la va siguiendo á todas partes para coronar las obras de sus manos, Ella es la aurora que comienza á derramar la luz en nuestras almas, que va preparando el corazón para que sea digna morada de su Hijo. En las bodas de que nos habla el Evangelio, antes que Jesús se halló María; y porque Ella estaba allí, por esto fué llamado y vino también el Salvador; lo cual indica que algunas veces, invocada por nosotros, nos dice el Ángel de la Escuela, viene más pronto á socorrernos que su mismo Hijo. Por esto se le llama en los Cantares: «Fuente de los huertos, pozo de aguas vivas, de misericordia y gracia, que bajan con ímpetu del monte Líbano» (1). Allá, en la patria, hay tres hermosas fuentes: Dios, de quien viene toda felicidad á las criaturas, en quien está la fuente del vivir, y en cuya luz se contempla la hermosura celestial (2). Es la humanidad santísima del Hijo del Eterno, la segunda, que derrama la misericordia sobre el mundo; fuente de la que cantó Isaías: «Sacaréis agua con gozo de las fuentes del Salvador» (3). Es, en fin, María, la última fuente, que nos inunda en las aguas de la bondad y la clemencia, y es tan sólo de ésta de la que se dice que bajan sus corrientes con ímpetu, llegando hasta nosotros (4).

(1) Cant. IV, 15.

(2) Ps. XXXV, 10.

(3) XII, 3.

(4) Sylveira, in Evang., L. 4, Q. 6.

Hé aquí por qué también de nuestra Niña se halla escrito: «Tus dos pechos son como dos gamitos mellizos» (1); pechos que así están llenos de ternura, que sin cesar derraman sobre nuestros males la misericordia, ni puede esa Madre compasiva, conociéndolos, dejarlos sin remedio (2). ¿No veis en los gamitos de que hablamos, la imagen de los pobres pecadores á quienes la tierna Virgen acoge en su amoroso seno, llenándoles el alma de paz y de consuelo? ¿Quiénes, en efecto, hay de entre ellos que puedan, á la sombra de María, estar desconsolados? Obtiene para nosotros el perdón, y alcanzamos también abundantes y especiales gracias; y todo esto, cuando el hombre tal vez había creído que sus males no tenían remedio; síguese entonces á la congoja y la ansiedad desesperantes, la dulce y santa paz del corazón; y ¿pudiera el hombre, en tales circunstancias, no llorar de gratitud, ó dejaría de bendecir la mano de la hermosa Niña que tan dulcemente la acaricia? Por más depravado que se halle el corazón, quédale siempre algo de rectitud y buen sentido; le obliga la justicia más estricta á llevar al trono de María, un voto de reconocido y tierno amor; y como estas manifestaciones son remuneradas siempre con largueza incomparable, de aquí se sigue que, aunque no queramos, la gratitud nos llena el alma; gratitud que nos hace derramar el corazón á los pies de la Divina Madre, llorando de ternura: momentos dichosísimos,

(1) Cant. IV, 5.

(2) Rich. Victor, hic.

que el hombre más dado á los placeres no cambiara por todos los del mundo. ¡Qué expresiones salen entonces de sus labios! ¡Qué afectos ocupan ese afortunado corazón! El arrepentimiento de sus culpas y el más ardiente y generoso amor: de aquí, el sacrificio y la animada y santa resolución del bien vivir. Hacía un instante que pesaba sobre el hombre de que hablamos un mundo de infortunios y dolores: la tristeza y las tinieblas y la amarga incertidumbre, volvían su existencia insoportable y desgraciada; pero la hermosa y dulce Virgen, la Niña encantadora, la tierna y santa Madre, le acoge en su regazo, le brinda sus consuelos, y ese hombre ya no es el que antes era: es hijo, que no esclavo; es dichoso, no infeliz; y si fuera en otro tiempo pecador, es ya un santo.

¡Qué hermosas son las sendas del Señor, que va siempre recorriendo nuestra buena y santa Madre! La misericordia y la verdad. Mas ¿acaso no está escrito: Quién podrá penetrar la misericordia y la verdad de Dios? (1). Ciertamente, insondables son esos abismos, y con todo, María nos dice que ha penetrado en su profunda sima (2); y los abre como quiere, cuando quiere y á quien le agrada; de tal manera, que no perece pecador ninguno á quien Ella concede su eficaz auxilio (3).

(1) Ps. LX, 8.

(2) Eccl., XXIV, 8.

(3) D. Bern. In Salve, I.

¡Felices, pues, cien veces muy felices los gamitos que la hermosa y santa Virgen acaricia en su regazo!

§ II.

Nos dice el Evangelio, que tenemos entre manos, que como viniese á faltar el vino, dijo á Jesús su Madre: «No tienen vino.» Palabra llena de prudencia, pues todo lo dice con admirable brevedad, llena de fe y esperanza, porque rinde un glorioso testimonio al poder de Jesucristo (1); de caridad, pues no busca sus propios intereses, sino el interés de los necesitados.

Esas palabras nos revelan también la modestia de María y su incomparable humildad. No pide que se les dé vino, descubriendo en esto el profundísimo respeto que tiene al Salvador: contadas son sus expresiones, que sólo manifiestan la necesidad presente, dejando todo lo demás á la voluntad de Dios (2). Los otros santos ruegan al Señor, y rogando, alcanzan lo que piden; María, la Madre Santísima de Dios, expone solamente lo que quiere; no le llama su Hijo, como en otro tiempo; sencillamente dice: «No tienen vino.»

¿Quién ha rogado á la Madre de Jesús, para que obtenga del Señor el socorro en la necesidad que aflige á los esposos? Nadie, sino es su propio co-

(1) D. Chrysost., hom. 20.

(2) Carthusian, cit. á Sylveira, hic.

razón, que no puede ver una miseria sin procurar el remediarla.

Mas no sólo esto: antes que concluya el vino, María dirige sus palabras á Jesús; ¿cómo el corazón de Nuestra Madre, tan lleno de ternura, pudiera esperar que los esposos quedasen afligidos por la entera falta del vino? (1). Ella, pues, les tuvo compasión, porque era misericordiosa y benignísima; y ¿qué podría manar de esa fuente de piedad, sino la piedad misma? ¿Será raro que sus ternísimas entrañas derramen la ternura? Cuando durante medio día llevamos en la mano una manzana, su aroma nos queda lo restante del día; ahora bien: ¿cuánta sería la copia de aquellos sentimientos que dejó el Divino Salvador, al salir del seno de su Santa Madre, donde estuvo nueve meses? (2) Por lo mismo, apenas llega á conocer que se agota el vino, cuando acude á su Hijo diciéndole lo que faltaba. Su Majestad la contestó: «Mujer, ¿qué tengo Yo que ver contigo? Aun no ha llegado mi hora.» Palabras que contienen un misterio que tratamos de penetrar humildemente.

Estas palabras, ¿son acaso una triste negativa á la petición de nuestra Madre? De ninguna suerte, pues entonces no hubiera convertido Jesucristo el agua en vino. ¿Por qué, pues, descubren á primera vista tanta dureza y frialdad? Esas palabras del Señor, más bien que á María se dirigen á nosotros (3), y nos dan esta enseñanza: Las obras

(1) Calmet, hic.

(2) D. Bern., Sermon. I. in Epiph.

(3) D. Bern., Sermon. II, in Epiph.

del poder divino son más elevadas que todas las grandezas de la tierra; vienen del Señor y están sujetas solamente á Dios. La criatura más sublime y excelente no puede remontarse á tanta elevación: entre ella y Dios hay un abismo que nadie salvará: trátase de obrar un gran milagro; la mano de Dios es la única que puede ejecutarlo: cuando, pues, Jesús ha dicho: «Mujer, ¿qué tengo Yo que ver contigo?» no hace sino declarar su naturaleza divina y adorable, en la que no tiene superior; sin decir una palabra de la humana, según la cual estaba sujeto á su Madre (1).

Expresiones hay que por sí mismas pueden revelar indiferencia, y si queremos, una triste negativa; mas apreciadas según las circunstancias, pierden enteramente ese carácter, y por esto no sólo atendemos su sonido, si que también el semblante y modo con que se profieren: ved al Divino Salvador, que responde á la Inmaculada Virgen: ¿Qué tengo Yo contigo? y sin embargo, su frente está serena y una amorosa sonrisa vaga sobre sus labios: así hablaba siempre á su querida Madre. Estas expresiones quieren, pues, decir: ¿por qué os apresuráis? Esperad un poco, y haré lo que me indicáis cuando llegue el tiempo que sea más á propósito (2).

¿Qué pretende la hermosa y Santa Virgen cuando dice al Salvador: «No tienen vino»? ¿Por ventura quiere solamente ahorrar una vergüenza á los esposos? El gran deseo que lleva en su alma,

(1) D. August., de Symbolo, L. 2, C. 4.

(2) Rivera, Menochio, Maldon.